

se les solicitaban á menudo del extranjero dibujos de palacios y de residencias señoriales. Germain Boffrand, que pasaba por el imitador más perfecto del estilo de Palladio, fué llamado á Alemania para hacer construir en 1725, bajo la inspiración de los esplendores arquitectónicos de Versalles, el palacio episcopal de Wurtzburgo en Baviera, edificio grandioso y suntuoso, que es tal vez lo más notable y lo más completo que produjo la arquitectura fran-

cesa en el siglo XVIII. Los soberbios hoteles que había construido en París á últimos del reinado de Luís XIV, le señalaban como el más hábil arquitecto de ese género, y nadie estuvo más en boga que él durante la Regencia, cuando las rápidas fortunas que se hacían con las operaciones financieras de la Compañía de las Indias y del banco de Law reclamaron la creación casi inmediata de una multitud de pequeños palacios y de buenas casas.



Proyecto de monumento conmemorativo de la Revolución

Esta feliz impulsión dada á la arquitectura civil, ó mejor, privada (caso de que se pueda usar esta expresión) partía de la fecha de la demolición de las murallas que por mucho tiempo habían rodeado la ciudad de París, y que fueron reemplazadas, á partir de 1704, por el paseo de los boulevards plantados de árboles. Los boulevards del Norte fueron hechos con gran rapidez y prolongados al Oeste y al Este, mucho más allá de las antiguas fortificaciones; los del Mediodía, por lo contrario, no se ejecutaron sino muy lentamente, pero el nuevo cuartel de San Germán, donde el espacio no faltaba de ningún lado para el desarrollo de los grandes palacios de la nobleza, se cubrió muy pronto de construcciones elegantísimas, que hacían fachada á jardines deliciosos. El cuartel del fauburgo Saint-Honoré se formó

de una manera más lenta, á pesar de la vecindad de la plaza de Vendome, que se convertía en uno de los centros de la nueva ciudad; los soberbios hoteles construidos al lado izquierdo de la calle principal, que se extendía hasta el extremo del fauburgo hasta dar con el campo, quedaron por mucho tiempo aislados unos de otros, y sus admirables jardines parecían confundirse con las alamedas seculares del curso de la Reina. La calle de Richelieu y la calle Nueva de San Agustín que desembocaban en los boulevards, estaban llenos de suntuosos palacios con patios y jardines. La cuesta de San Roque, en la que se había dejado de construir desde 1680, ofrecía ya desde entonces dos hermosas calles bien alineadas, cuyas casas en piedra de talla no diferían mucho de los hoteles aristocráticos. Estos ya no ha-

laban emplazamiento para desplegarse á sus anchas, y el precio de los terrenos había aumentado considerablemente. La creación de un nuevo cuartel fué autorizado en 1720, por ordenanza real, entre los cuarteles de la Ville Evêque y de la Grange-Ratielière, que principiaban á construirse; abriéronse allí calles, y en ellas se levantaron aquí y allá algunos hoteles; pero esas construcciones, lo mismo que las del fauburgo San Honorato, no estaban contiguas y no se juntaban sino por medio de las cercas de los jardines, ó por solares sin edificar.

Tuvieron, pues, los arquitectos del siglo XVIII la mayor parte en esta extensión de la arquitectura privada, que, en manos de hombres hábiles, producía innovaciones de toda clase, lo mismo en la ordenanza exterior del edificio que en su decoración interior. Germain Boffrand y Roberto de Cotte no fueron los únicos que contribuyeron á esta ingeniosa transformación de las casas particulares en edificios espléndidos, que á menudo parecían palacios. Su ejemplo fué seguido, y varios arquitectos se habían dado como ellos á ese género de trabajos, que lue-



Lenoir organiza el museo de antigüedades del Louvre

go hicieron su reputación y su fortuna. Alejandro Leblond, que había construido un hotel para la duquesa de Vendome en la calle del Infierno y el hotel de Clermont en la calle de Varennes, fué llamado á Moscou, por el tsar Pedro I que recordaba haber admirado esos dos hoteles, y acabó por ser el primer arquitecto de la corte de Rusia. Dullin y Mollet, entrambos de la Academia de arquitectura, rivalizaron con Lasseurance, su colega, que era muy estimado, sobre todo por la bella disposición de los aposentos que distribuía y decoraba en los hoteles reconstruidos ó simplemente restaurados. Dulin había de esta suerte transformado, de arriba á bajo, en 1718, las dependencias del palacio Mazarino, el antiguo hotel de Nevers, donde poco después fué llevada la biblioteca real, y el antiguo hotel Jabach, en la calle San Merry. Otro académico Mollet, descen-

diente del famoso jardinero de Enrique IV y de Luís XIII, había construido, también por el mismo tiempo, dos hoteles que se consideraban con razón de los más magníficos de París, el hotel D'Humieres, calle de Borbón, y el hotel D'Evreux, calle del fauburgo San Honorato.

El arte de la decoración de los interiores se había todavía llevado más lejos que el arte de construir. Los más notables trabajos en ese género fueron ejecutados en 1720, en los aposentos del Palais-Royal, por Oppenord, arquitecto del duque de Orleans. Gilles-Marie Oppenord,—1692-1742,—no era, á la verdad, un arquitecto constructor; limitábase á suministrar dibujos á los constructores, y esos dibujos, bosquejados rápidamente á la pluma con una variedad inagotable, y con una incontestable originalidad, acusaban muy á menudo las exageraciones

del estilo churrigueresco, no sin por esto dejar de poner en relieve la ingeniosa imaginación del autor. La moda se había pronunciado en favor de este estilo, que hasta 1750 dominó todas las ramas del arte. Oppenord y Boffrand tenían, ciertamente, rivales, en un tiempo sobre todo, en que los propietarios se hacían la competencia, para ver, quien de ellos tendría mejor casa, sin mirar en los gastos, pues parecía una bagatela gastar quinientos mil francos en la ornamentación de un pequeño hotel. También se construían pequeñas casas y casas de recreo, en las que el arquitecto decorador se complacía en amontonar maravillas, que sólo estaban destinadas á ser admiradas por los íntimos de la familia.

Antonio Miguel Carpentier, — 1709-1772, — era uno de esos arquitectos discretos que se consagraban á obras de arquitectura casi misteriosas, y á quien hizo célebre su nombramiento de académico. No se hablaba mas que de la casa del financiero Bouret y del pequeño castillo de la Boissière, contruidos y decorados por Carpentier, y que sólo muy pocas personas habían logrado el permiso para visitarlos. Esto explica porque los arquitectos, después de haber tenido la fortuna de componer y dirigir tales trabajos, de los que estaban orgullosos, procurasen darlos á conocer por medio del grabado, publicando ó haciendo publicar los planos, con cortes y detalles de sus composiciones arquitectónicas y decorativas.

Boffrand publicó él mismo en 1745, bajo el título de *Libro de la arquitectura*, la mayor parte de sus dibujos. Uno de sus colegas en la Academia de arquitectura, Juan Francisco Blondel, sobrino del famoso Blondel muerto en 1688, le hacía justicia, reconociendo que su talento valía cien veces más como teórico que como á práctico, y así se abstuvo de dar á la construcción un tiempo que empleaba mejor en profesar y en interpretar su arte, publicando los libros más leídos de arquitecturas que el siglo XVIII se honra de haber producido entre otros, su admirable *Arquitectura francesa* que desgraciadamente no llevó á término, y sobre todo su obra favorita intitulada: *De la decoración de las casas de recreo y de la decoración de los edificios.*

Juan Francisco Blondel, nació en 1705, habiendo sido el primer profesor nombrado para dar un curso público que tenía lugar dos veces á la semana en la Escuela de arquitectura. El éxito que tuvo durante muchos años su curso, se reflejaba todavía, aún después de haberse retirado, en el de su sucesor Desgodets, hijo del famoso arqueólogo Antonio Desgo-

dets, autor de una gran obra sobre los antiguos edificios de Roma. Desgodets no reemplazó en realidad á Blondel, que no enseñaba mas que la arquitectura francesa, pues continuó el errado camino de su padre, ocupándose exclusivamente de arquitectura antigua y de arquitectura italiana del renacimiento. Se comprende, pues, que Blondel se tomara á pechos el volver á sus lecciones bajo otra forma, estableciendo una escuela libre de las bellas artes, que, sin embargo, hizo aprobar por la Academia de arquitectura. En esta escuela profesional, que se convirtió más tarde en la escuela de dibujo de la villa de París, Blondel creó cursos de toda clase, donde se profesaban las matemáticas, la fortificación, la anatomía, la perspectiva y sobre todo la arquitectura práctica. «Nada he descuidado, decía en su programa, para formar una colección numerosa de dibujos originales en todos los géneros, y me he dado el mayor cuidado en componer fragmentos de arquitectura y observaciones manuscritas é interesantes sobre la mayor parte de las construcciones que nuestros más célebres arquitectos han edificado sin haber dejado nada por escrito; y además he procurado recoger los mejores libros que tratan de la arquitectura.» No solo Blondel enseñaba él mismo, sino que todos los veranos, iba á visitar las más notables construcciones de París y de sus alrededores, en compañía de sus alumnos, para enseñarles las relaciones que existen entre la arquitectura y todas las artes. Blondel murió en 1774 á la edad de setenta años, y su discípulo predilecto, Pedro Palte, — 1723-1814, — se encargó de la publicación póstuma de los escritos y de los dibujos dejados por el ilustre profesor.

Nunca había visto de mal ojo la Academia de arquitectura el curso de Blondel, pero no podía hacerle entrar en el cuadro restringido de la organización académica, porque Blondel á menudo se alejaba en su enseñanza de los principios clásicos de la Academia; por ejemplo, no quería que sus discípulos, de quienes ante todo pretendía hacer arquitectos prácticos y modernos, perdiesen su tiempo dibujando edificios griegos y romanos. La Academia estaba condenada por el hecho mismo de su institución, á tomar siempre por modelo la antigüedad monumental, que sus discípulos iban á estudiar á Roma. Esta Academia, fundada en 1672, no tuvo una existencia real y activa hasta recibir las letras patentes de Febrero de 1717, que la colocaban bajo la protección inmediata del rey y bajo la dirección del superintendente de obras. Constaba de dos clases: una comprendía diez arquitectos, un profesor y

un secretario; la segunda, tenía doce arquitectos que podían ejercer las funciones de destajistas, lo que no era permitido á los miembros de la primera clase. Los nombramientos de académicos se hacían mediante la presentación de listas de tres candidatos para que eligiera el Rey. La Academia designaba por sí misma ocho discípulos que concurrían cada año para el premio de Roma. El número de académicos se aumentó en 1755 con seis miembros más, tres en cada clase, á petición del marqués de Marigny, subintendente de obras, que había hecho presente al rey que el número de veinticuatro académicos era «ya corto en vista de la multitud de buenos candidatos que se presentaban.» Mas tarde, en 1755, tuvo la Academia que sufrir una reorganización completa; además de las dos clases de académicos, compuestas cada una de diez y seis miembros, se le adjuntaron seis honorarios asociados libres y ocho correspondientes extranjeros ó nacionales. Pero la Academia no ejercía acción alguna directora sobre el arte, como no fuera con su ejemplo y enseñanza. Era el superintendente general de las construcciones del rey á quien esta dirección ó mejor inspección estaba exclusivamente reservada. Dos jurisdicciones distintas podían tomarse para todo lo relativo á la arquitectura, es decir, á la construcción; una de ellas tenía su asiento en Versalles y no se ocupaba más que de la inspección de los palacios reales; la otra que contaba ya algunos siglos de antigüedad, residía en París, en el tribunal. Tres arquitectos, que se llamaban consejeros del rey y maestros generales de los palacios de S. M. conocían, como jueces, de todas las cuestiones que se suscitaban entre los empresarios y los obreros, teniendo además á su cargo, la policía de obras.

Motivo hay para sorprenderse de que esa inspección permanente de los maestros generales de los palacios reales no hubiese tenido mayor influencia sobre el estado casi vergonzoso de los edificios de París durante el reinado de Luis XV, que gustaba de la arquitectura, y que tenía, lo mismo que Luis XVI, la manía de construir. Voltaire, á quien á menudo se puede considerar como el porta-voz de la opinión pública, no cesaba de reclamar embellecimientos que eran necesarios para la capital, ni de protestar contra el abandono y la suciedad de los monumentos. «Al pasar por delante del Louvre, escribía en 1749, se avergüenza uno de ver esa fachada, monumento de la grandeza de Luis XIV, del celo de Colbert, y del genio de Perrault, tapado por construcciones de godos y de vándalos. Corremos á los espectáculos y nos indignamos de entrar en

ellos de una manera tan incómoda y asquerosa, de estar en ellos tan poco cómodos, de ver salas tan repugnantes, teatros tan mal entendidos, y de tener que salir de ellos con más embarazo y pena que no pusimos para entrar. Con razón nos avergonzamos de ver los mercados, establecidos en calles estrechas, exhibir su suciedad, difundir la infección y causar desórdenes continuos. No tenemos más fuentes que los monumentos, y hay mucho que decir sobre su ventajosa colocación; todas las demás son dignas de un villorrio; cuarteles inmensos piden plazas públicas, y mientras que el arco de triunfo de la puerta de Saint-Denis y la estatua ecuestre de Enrique el Grande, y esos dos puentes, y esos dos soberbios muelles, ese Louvre, esas Tullerías, esos Campos Elíseos igualan ó sobrepujan la belleza de la antigua Roma, el centro de la ciudad, oscuro, apretado y feo, representa el tiempo de la más vergonzosa barbarie.» Las justas y razonables quejas, que Voltaire sin cesar repetía, quedaban sin eco y sin efecto. La administración municipal ni siquiera pensaba en hacer restaurar su admirable casa consistorial, cuya fachada, obra del arquitecto del Boccador, estaba mutilada y desmalazada; pero esta negligencia fué tal vez una circunstancia feliz, pues los arquitectos, que tan soberano desdén tenían por los monumentos del renacimiento, no hubiesen dejado de destruir completamente esa casa consistorial, que los mejores jueces de la época condenaban por gótica, tanto que hasta llegó á tratarse de construir otra casa consistorial en otro punto, en el muelle Malaquais.

Sentíase en aquel tiempo un profundo disgusto por los antiguos restos de otras edades, que parecían indignos de subsistir en frente de los edificios modernos. Por descuido ó por economía se les dejaba en pie, prometiéndose empero hacerlos desaparecer á la primera ocasión. Nadie, por otra parte, tenía el respeto de las tradiciones y de los recuerdos; todo lo que quedaba en París de la antigüedad y de la Edad media desaparecía bajo la cal y la piqueta. En cuanto á aislar las construcciones para darles un punto de vista, nadie pensaba en ello.

Durante la Regencia, durante el reinado de Luis XV, la arquitectura religiosa tuvo pocas ocasiones de probar, por medio de obras importantes, que recordaba el papel activo que le había dado el siglo anterior. La construcción de la iglesia de San Sulpicio, de la que se quería hacer la iglesia más grande y más magnífica de París, fué, á contar de 1643 en que principió su construcción, varias veces interrumpida; los arquitectos que se sucedie-